

CAPITULO V.

EL SOCIALISMO Y LA MORAL

I.—La Moral Socialista es Inmoral.

Por John A. Ryan. D. D.

La moral socialista comprende cuatro elementos principales: sus principios generales y sus doctrinas concretas concernientes al individuo, a la familia, y al Estado.

De acuerdo con el principio general, las reglas de la moral no son eternas ni inmutables. No sólo las nociones morales y la conducta de los hombres, sino las leyes mismas de la moral, son temporales y variables. En otras palabras, la ley moral no tiene existencia objetiva fuera de los Códigos de conducta que han prevalecido entre las naciones y las clases a través de la Historia.

Es evidente que es ésta la opinión ordinaria socialista, a juzgar por las páginas tanto de los clásicos como de los más populares escritores del movimiento. Es defendida por Marx, Engels, Dietzgen, Bebel, Kautsky, Hillquit, La Monte, Herran, Untermann, Ladoff y muchos otros.

La doctrina de la relatividad moral descansa sobre dos principales fundamentos en la teoría socialista, a saber: materialismo filosófico y determinismo económico.

Marx, Engels, Dietzgen y la mayor parte de los otros grandes expositores del Socialismo, concebían—to-

da realidad, en términos de fuerza y materia. Su materialismo no fué simplemente histórico-económico, sino metafísico. (cf. "Feuerbach: The Roots of Socialist Philosophy," by F. Engels; pp. 53, 57, 59 and *passim*.) Para ellos no existe la realidad de Dios o del espíritu. Los pensamientos y principios en la mente de los hombres son simples funciones o acciones del cerebro. Todas las cosas están en un constante proceso del cambio; por tanto, el proceso mismo es la única realidad. Consecuentemente, las reglas de la moral son como todas las cosas, temporales y variables. El asesinato, la mentira, el robo, el rapto, la traición y la desobediencia pueden ser moralmente buenos en algún tiempo y en alguna parte.

Individualmente, los socialistas, que son mejores que su credo filosófico, rehusarán, de seguro, aceptar esta conclusión, pero la aceptarán a expensas de la lógica y de la consistencia.

Como vimos en el número de enero de este Magazine, la teoría del determinismo económico, transfiere todas las no-económicas instituciones creencias y procesos de la sociedad, tales como la familia, la ley, la religión, la moral y la educación a condiciones y causas económicas. "La forma de producción en la vida material," dice Marx "determina el proceso social, político y espiritual de la vida ("A contribution to the Critique of Political Economy" p. 11; N. Y. 1904.) Cito las palabras de mi opositor en su artículo del último mes, "la forma en que, (una nación) produce su subsistencia, determina en definitiva su forma de organización, división del trabajo o funciones y sus nociones del bien y del mal—su política, sus clases sociales y su ética."

Evidentemente los hombres que creen que el Uni-

verso se compone tan sólo de fuerza y materia, que todas las cosas están incesantemente cambiando y evolucionando y que las fuerzas y cambios económicos gobiernan y determinan las ideas prácticas y los cambios morales, no pueden lógicamente admitir la existencia de un cuerpo invariable y universal de preceptos y principios morales. En su opinión, tenemos solamente un grupo de variables códigos morales que se desarrollan y responden a las necesidades de las diferentes clases, naciones y edades. Las leyes morales son simplemente las leyes sociales.

De acuerdo con esta opinión, los Códigos y prácticas más contradictorios pueden ser igualmente buenos y verdaderos, o igualmente falsos y malos.

No existe ni un criterio uniforme de verdad moral ni una ley moral en el sentido tradicional. Lo que llamamos leyes morales son por completo semejantes a las leyes económicas; esto es, simples exposiciones de la forma en que las diferentes clases de hombres, obran o pretenden obrar en determinadas circunstancias. No es ya más la ley moral, un imperativo categórico, una regla obligatoria de conducta, un mandato de la Divina Razón. Los hombres son moralmente libres para obrar como lo deseen, y para establecer, ya individualmente o por clases, sus propios códigos de conducta.

Esta teoría, es opuesta no solamente a la concepción cristiana, sino a las convicciones de toda persona que reconozca a Dios como el Regulador del Universo. Las leyes morales son inmutables porque se basan en definitiva en la inmutable naturaleza de Dios, e inmediatamente en los inmutables elementos de la naturaleza humana. En otros términos, son las reglas de conducta que necesariamente ha impuesto Dios para guía de

los seres que El ha creado bajo la forma humana, del mismo modo que las leyes físicas son las reglas por las que El dirige el universo no-racional. Y son tan inmutables, como la naturaleza humana es inmutable en su esencia.

La concepción de una eterna e invariable ley moral se encuentra expresa en las páginas de innumerables escritores Cristianos, desde San Pablo (Rom II. 14, 15) hasta Hooker "Ecclesiastical Polity," I, passim) y Cathrein ("Moralphilosophie.") Entre otros nombres que rápidamente sugieren ideas similares están los de Tomás de Aquin, Francisco Suárez y Hugo Grotius. La doctrina está también claramente expresada en las páginas de escritores paganos tales como Platón ("The Republic," IV) Sófocles, ("Antígona," V 446-460) y Cicerón ("Pro-Milone," IV 10.)

Las relaciones, acciones y verdades primordiales que este criterio de conducta describe y prescribe, han sido siempre comprendidas en algún grado por la mayoría de la humanidad. Mientras que la ley moral natural se dice correctamente que está escrita en el corazón humano, no se ostenta en títulos sensacionales. Sus primeras y más esenciales prescripciones son intuitivas a la mente humana, exactamente como lo son las proposiciones elementales de las matemáticas. Algo semejante a una completa comprensión de sus principios, aplicaciones y conclusiones sólo puede ser alcanzado después de considerable estudio por intelectos disciplinados, en una sociedad culta.

Las diferencias que han existido y aún existen en las nociones y prácticas morales de varios pueblos y clases, nada prueban en contra de la inmutabilidad de la ley misma. La concepción que el hombre tenga de la ley

es una cosa; la ley misma es en absoluto cosa distinta.

Precisamente, como las razas varían y crecen en su comprensión de las verdades especulativas y físicas, así progresan en su percepción de las verdades y principios morales. La evolución ética es innegable; pero esto afecta el conocimiento que el hombre tiene de la ley, no la estructura y contenida de la ley. Que los individuos y las naciones hayan cambiado en su estimación moral de ciertas prácticas—la esclavitud por ejemplo—no indica una variación en la ley moral objetiva como tampoco el mejor conocimiento de la enfermedad y su tratamiento implica un cambio en las fundamentales leyes de la Higiene. Que los hombres no hayan logrado percibir o reconocer por largo tiempo ciertos preceptos morales, no demuestra la no-existencia de ellos del mismo modo que la universal ignorancia de la teoría heliocéntrica no prueba que la tierra haya comenzado a gravitar al rededor del sol en los días de Copérnico.

La primera doctrina determinada de la moral socialista es que la ciencia nada tiene que ver con las acciones puramente concercientes al individuo. La moral sólo tiene que ver con las relaciones sociales del hombre.

Si la conducta puramente individual está fuera del radio de la ley moral, se desprende con absoluto rigor lógico que la parte racional del hombre no es esencialmente superior a su naturaleza animal, que el alma no es intrinsecamente más noble que los sentidos, que el hombre no tiene más deberes para sí mismo, que los que tiene un cerdo; que, hasta donde no perjudique a sus vecinos, es moralmente libre y para vivir como un cerdo y que su personalidad no es una cosa sagrada que está moralmente obligado a desarrollar y a la que sus semejantes tienen la obligación moral de respetar. Care-

ciendo de valor moral (como diverso de intelectual, físico y estético) el individuo humano no tiene más dignidad y estético intrínsecos que un chimpancé. Y la sociedad no comete ningún error moral cuando lo trata en consecuencia.

De acuerdo con la concepción Cristiana y Deista, toda conducta, ya relacionada con sí mismo con el vecino o con Dios, cae dentro de la esfera de la ley moral. Cuando un hombre destruye sus energías y acorta su vida por la disipación, aún cuando a nadie más que a sí mismo perjudique, viola la ley moral tan definitivamente como cuando roba o mata. Decir a un hombre que las acciones de la primera categoría están desprovistas de cualidad ética, es asegurarle que no tiene obligación genuina de evitarlas; es afirmarle que ningún estigma moral se adhiere a los más degradantes actos de impureza personal, glotonería o bestialidad. Conducta de tal naturaleza viene a estar más allá de culpa o delito moral, como el proceso de la digestión. Los socialistas pueden repugnar esta fea conclusión, que es extraída sólo por lógica rigurosa.

Si solamente las acciones que causan daño al vecino o a la sociedad pueden ser llamadas inmorales, todas las uniones y relaciones entre los sexos que no son seguidas de descendencia, carecen de aspectos morales. No son ni buenas ni malas. En tales casos, dice Belford Bax, el tacto sexual "no tiene relación con la moralidad en absoluto. Es cuestión simplemente de gusto individual," ("Ethics of Socialism," p. 126) La misma conclusión expresa Bebel: "La satisfacción del impulso sexual es cuestión estrictamente personal del individuo, como la satisfacción de cualquier otro instinto natural" ("Woman," p. 154; San Francisco 1897).

Otra vez, la teoría del determinismo económico requiere lógicamente una nueva forma de sociedad doméstica bajo el Socialismo. Si los métodos de producción e intercambio determinan el carácter de las instituciones no-económicas, y la presente familia monógama es la necesaria consecuencia del presente arreglo económico, una organización enteramente diferente, suministrada por el Socialismo, traería necesariamente una clase diferente de familia. Todos los valientes y lógicos socialistas que han bregado con esta materia, aceptan tal conclusión.

Engels escribe así: "Con la transformación a propiedad colectiva de los medios de producción, la familia monógama cesa de ser la unidad económica de la sociedad----- La indisolubilidad del matrimonio es, en parte, la consecuencia de las condiciones económicas sobre que se levantó la monogamia; en parte, la tradición de la época en que las conexiones entre la situación económica y la monogamia, no plenamente comprendidas, fueron llevadas al extremo por la religión. En la actualidad, ha sido violada cientos de veces. Si el matrimonio fundado sólo en el amor es moral, se desprende que el matrimonio es moral, tan sólo mientras el amor dura. La duración del amor sexual del individuo varía considerablemente de acuerdo con la disposición individual, especialmente en los hombres. Una cesación positiva de afecto sexual, o su reemplazamiento por un nuevo amor pasional, hacen de la separación una bendición para ambas partes y para la sociedad." ("The Origin of the Family," p. p. 91, 99; Chicago, 1912).

En el prefacio al volumen del que son tomados estos extractos, Engels insinúa que su opinión sobre la familia es semejante a la de Marx.

Prediciendo la posición de la mujer bajo el Socialismo, Bebel declara:

"En la elección del amor ella es libre como el hombre es libre. Ella hace el amor y es cortejada, y no tiene otro aliciente para ligarse más que su propio y libre deseo. El contrato entre los dos amantes es de naturaleza privada como en tiempos primitivos, sin la intervención de ningún funcionario----- Si la incompatibilidad, el desengaño o el disgusto se suceden, la moralidad reclama la disolución del vínculo que llega a ser innatural, y por tanto inmoral." ("Woman", p. 154).

Los párrafos precedentes fueron escritos hace cerca de treinta años. Kautsky, el más hábil y el más autorizado Socialista contemporáneo, expresó las siguientes ideas en 1,906.

"El mismo fenómeno de libre intercambio sexual o de indiferencia a la propiedad puede en un caso ser el producto de depravación moral en una sociedad donde la estricta monogamia y la santidad de la propiedad, son reconocidas como necesarias; en otro caso, el alto producto moral de un vigoroso organismo social que no requiere para sus necesidades sociales ni la propiedad en particular de una mujer, ni la propiedad en particular de los medios de consumo y producción". ("Ethics and the Materialist Conception of History," pp. 193-194; Chicago 1913).

Opiniones similares sostienen Morris y Bax, (Growth and Outcome of Socialism," pp. 299,300; New York 1893.), Eduard Carpenter, ("Love's Coming of Age," p. 67; New York 1911.) Ernest Untermann, (Preface to "The Origin of the Family," p. 7.) Charles H. Kerr, ("The Holly of Being Good," p. 23.), y muchos otros

entre los escritores de menor significación en el movimiento Socialista.

Estas infecciosas nociones concernientes a la institución de la familia continúan siendo difundidas ampliamente por medio de los libros socialistas, de las casas editoras socialistas y de autoridades socialistas de toda especie. Y nociones tales nunca han sido formalmente repudiadas ni siquiera por algún insignificante número de prominentes Socialistas. En estas circunstancias, se puede decir autorizadamente que las uniones maritales disolubles a voluntad de las partes, forman la doctrina Socialista.

En todo caso, las opiniones en cuestión circulan y se aceptan tan generalmente dentro del movimiento, que ningún inteligente Católico, Protestante, Judío, u otro cualquiera creyente en el matrimonio tradicional, está justificado al prestar ayuda al Socialismo actual.

Como natural corolario a su doctrina del "matrimonio por amor," los Socialistas se adhieren más o menos general o definidamente a la teoría de que el niño pertenece al Estado. De allí su demanda por el monopolio de la educación por el Estado. La más autorizada de todas las plataformas Socialistas, el "*Erfurter program*", pretende "la secularización de las escuelas, y la educación obligatoria en las escuelas públicas." Puesto que esta demanda fué dirigida al presente Estado "capitalista", su finalidad sería de seguro tan ardientemente deseada por los Socialistas cuando llegasen a establecer la Comunidad Colectivista. Aún el plausible y persuasivo conciliador John Spargo es de opinión que el régimen socialista probablemente no toleraría las escuelas elementales privadas, ni permitiría la enseñanza

religiosa en ninguna clase de escuelas "hasta cierta edad." ("*Socialism*" p. 238; New York. 1906.)

La educación de los niños, especialmente de aquellos de las uniones "de amor" disueltas, llegaría a ser en mucho mayor grado que en la actualidad, obligación del Estado. Un orden industrial socialista pudiera conceviblemente exigir de los padres proveer al futuro de sus pequeños hijos por medio de alguna clase de seguro, sin embargo, el pensamiento dominante en el movimiento socialista parece no tomar en cuenta tal arreglo.

Los Socialistas esperan que su propuesta reorganización traerá una condición de bienestar general. Es éste el ideal que desean llevar a la práctica. Es también, en su opinión, la guía y la ley de conducta contemporánea. "Todos los factores que obstruyan el camino hacia su aproximada realización son inmorales; por el contrario, son morales todas los factores y movimientos que conduzcan en tal dirección." (Hillquit, "*Socialism in Theory and Practice*," pp. 59, 60.)

De paso deseo observar que esta exposición se asemeje mucho a un intento para formular una ley moral *universal*. Dejaré a la ingenuidad de mi opositor la tarea de reconciliarla con su negación general de reglas morales universales. El punto verdaderamente importante acerca de esta regla de conducta es su lógica firmeza desde el punto de vista de las *pretensiones prácticas* del Socialismo. Si la reconstrucción socialista de las cosas fuese la aspiración suprema de la humanidad, todas las acciones deberían subordinarse y ser dirigidas a las causas y movimientos que tiendan al logro de la Comunidad Colectivista.

De allí se deduce que todos los individuos, excepto los capitalistas y sus aliados, deban adoptar esto co-

mo la suprema norma de conducta. "Tan pronto como lleguen, a ser conscientes como clase, reconocerán y aplaudirán como moral toda conducta que tienda a violentar la revolución Social, y condenarán como vacilantemente inmoral toda conducta que tienda a prolongar el dominio de la clase capitalista." (La Monte, "Socialism, Positive and Negative," p. 64; Chicago, 1907).

Considerad esta joya salida de la pluma de John Spargo, habitualmente de lenguaje dulce y moderado:

"Si la clase a que pertenezco pudiera libertarse de la explotación, por medio de la violación de las leyes, hechas por la clase opresora; por la abierta rebelión, por la posesión de la propiedad del rico, por la colocación de la tea incendiaria en algunos edificios, o por la ejecución sumaria de algunos miembros de la clase poseedora, espero tener la suficiente entereza para ayudar en la labor." ("Sindicalism, Industrial Unionism, and Socialism," pp. 172-173).

Procurar el advenimiento del Estado Socialista es, por tanto, de acuerdo con la opinión reinante Socialista, el objetivo final de conducta y el determinante definitivo de la moralidad. Todos los actos que constituyan al desalojamiento del Capitalismo y al establecimiento del colectivismo, son razonables y buenos. Los más brutales actos de violencia contra las personas y la propiedad, las más crudas confiscaciones de bienes de capitalistas, están justificados moralmente si realmente conducen a tal fin. Por más que la mayoría de leaders Socialistas condenan aparentemente los destructivos métodos del Sindicalismo, no son influenciados por principios morales, sino por consideraciones de eficiencia.

No recuerdo haber leído una sola condenación So-

cialista de tales prácticas sobre la base de que sean moralmente erradas.

Contra tal doctrina de la ética del salvajismo, los Cristianos y los Deistas proclaman la verdad eterna de que la vida y la propiedad son moralmente inviolables. Cualesquiera que sean los cambios económicos necesarios (y son muchos y de diversa especie) deben llevarse a efecto por ordenado proceso que respete el derecho de propiedad tanto como otras clases de derechos.

La teoría de que el bienestar social es el determinante de la moralidad, sería fatal para los derechos y el bienestar del individuo. En ningún tiempo dado es el bienestar del Estado idéntico al bienestar de todos sus miembros. De ahí que la Comunidad Socialista pudiera, expedita y consistentemente, eliminar a los débiles de cerebro a los físicamente incurables, y a todos los individuos que no se basten a sí mismos.

La minoría no tendría derechos que la mayoría se sintiese moralmente obligada a respetar.

II.—Si esto fuese inmoral-----

Por Morris Hillquit.

Los Socialistas aceptan generalmente la definición de la Etica, como el arte o ciencia de la recta conducta de los hombres hacia sus semejantes. Esta concepción no es, en manera alguna, peculiar a ellos. Prácticamente, todos los autorizados escritores modernos conciben en que la conducta ética o moral debe tener una significación social.

Sobre esta base, la conducta moral más alta por parte del hombre, es aquella más conduciva a la general felicidad y bienestar de la comunidad, e inversamente, la

más alta conducta moral por parte de la comunidad, es aquella más conduciva a la felicidad y bienestar de todos y cada uno de sus miembros. No hay nada nuevo o sorprendente en esta doctrina. Es simplemente la más moderna y científica fórmula del Sagrado precepto: No hagas a los otros lo que no quieras que hagan contigo.

Este gran ideal moral jamás ha sido generalmente alcanzado, por la razón de que las condiciones sociales y económicas existentes han hecho imposible su plena realización.

Toda la historia de la humanidad hasta el presente está infestada de contiendas nacionales y de clase. En la constante brega para asegurar su existencia material, para acrecentar su riqueza y para engrandecer su dominio, las naciones han estado siempre en guerra intermitente entre sí. Los intereses materiales que instigaban tales choques y contiendas, eran, como de costumbre, espontáneamente convertidos en nociones éticas, y cada nación, obrando en consecuencia, desarrollaba un doble tipo de moralidad, uno aplicable a sus propios miembros, y el otro, diametralmente opuesto, para las naciones hostiles”.

As, mientras toda nación civilizada detesta los crímenes contra las personas o la propiedad de sus propios miembros y los clasifica como revolucionariamente inmorales, glorifica el asesinato, el pillaje y muchos indecibles crímenes si se cometen contra miembros de otras naciones como actos de guerra.

Y así como las necesidades materiales de las naciones contendientes determinan el código de la moral internacional, las exigencias materiales de cada nación dentro de su propio dominio determinan su código moral nacional.

Ilustremos esta teoría con un análisis de la moralidad prevaleciente o “capitalista”.

En la sociedad moderna, todo individuo viene al mundo para asegurar su existencia, no cooperativamente, sino en competencia, en guerra con sus semejantes. La tarea primordial de “crearse un sustento” degenera natural y necesariamente en la ambición de “hacer dinero”. El monto de la riqueza acumulada por el individuo, es la medida generalmente aceptada de su “éxito en la vida.” El “pobre” es un objeto de desprecio social, mientras el millonario goza invariablemente de la estima y obsequiosa veneración de sus conciudadanos, quienes raramente se detienen a inquirir el origen o la significación social de su riqueza adquirida. Prácticamente, todo es permitible y aún merecedor de alabanza si produce dinero.

Así es que detestamos el asesinato en todas sus formas—en abstracto; pero cuando nuestros propietarios de fábricas, minas o molinos quebrantan la salud y acortan la vida de tiernos niños por el trabajo excesivo y el deletereo ambiente, o permiten la matanza de sus empleados en prevenibles accidentes, en el ordinario y “legítimo” curso de sus negocios, no nos sentimos inclinados a adherir el más leve estigma moral a su conducta.

El malvado que en un impulso pasional pone veneno en el alimento de otro hombre es despreciado por la comunidad como asesino cobarde; pero el acaudalado manufacturero o comerciante que sistemáticamente adultera y envenena los alimentos y otros artículos de consumo general, con la sangre fría de la persecución de utilidades, es un miembro de la sociedad perfectamente respetable.

No hay lenguaje que pueda expresar la medida de la aversión y la execración con que condenamos al traficante en esclavas blancas, que halaga u obliga a las mujeres a sumergirse en una vida de vergüenza, que le proporciona ganancias; pero el propietario de un establecimiento comercial que, por los bajos salarios, impele a cientos de pobres muchachas luchadoras, a una vida de prostitución, como un simple incidente en el proceso de levantar una fortuna, es a menudo el material de que se hacen nuestros directores de iglesia y presidentes de escuelas dominicales.

Los Socialistas no se inclinan a colocar la culpa por estas perversas nociones capitalistas de la moral, sobre los "malefactores" individuales. Como creyentes en la interpretación económica de la historia, comprenden que las nociones éticas y la conducta de los individuos, clases, y naciones, son primordialmente determinados por las condiciones materiales, que existen independientemente del deseo e inclinaciones personales del hombre. Para las naciones como para los individuos, la propia conservación es la ley suprema de la naturaleza. Las características de tal conservación dependen de las condiciones materiales que los rodean, y nada más que un cambio en tales condiciones puede alterar las nociones y hábitos humanos. La costumbre de comerse a sus semejantes en ciertas tribus salvajes, y la práctica de matar a sus miembros débiles y ancianos, no deben adscribirse a una salvaje predilección por el asesinato, sino a la escasez de alimento entre ellos. Tan pronto como esas tribus se desarrollen hasta el grado de aumentar su abastecimiento de víveres por medios artificiales, comienzan a comprender que el canibalismo y el asesinato de sus ascendientes son inmorales.

El Socialismo pretende establecer una orden de la sociedad basado sobre esfuerzos cooperativos y beneficio colectivo, en lugar de la presente guerra individual competitiva. Los Socialistas sostienen igualmente que todas las naciones modernas se bastan económicamente a sí mismas o están muy cerca de ello; que las guerras internacionales han cesado de tener la justificación de la necesidad, y que en la actualidad son hechas principalmente en apoyo de la clase capitalista, buscadora de ganancias en la conquista de nuevos mercados. El establecimiento del orden Socialista pondría un término a la perenne contienda económica y social entre los individuos, clases y naciones, y por primera vez en la historia se crearía un orden económico en que el bienestar de cada individuo se vería de verdad aparejado con el de todos sus semejantes y con el bienestar de la sociedad.

La razón porqué los abstractos principios de la moral Cristiana han sido predicados por cerca de dos mil años con tan escaso éxito práctico, es precisamente porque han sido predicados en abstracto, fracasando al no tomar en cuenta el poder propulsor de las condiciones y necesidades materiales. El Socialismo propugna por establecer la sólida base económica sobre la que pueden ser realizadas en la actualidad las sublimes doctrinas morales del Nazareno.

A pesar del hecho de que la moral socialista puede así llamarse verdaderamente "Cristiana," mi distinguido opositor la rechaza en todas sus partes y aspectos.

La ciencia moderna considera el desenvolvimiento del sentido moral como una parte o face del proceso general de la evolución humana. Como la civilización

humana avanza por los siempre progresivos métodos en la producción de la riqueza, por la siempre mayor eficiencia de las organizaciones sociales y políticas, y por la siempre creciente penetración y profundidad de la mente humana individual, su avance va acompañado por un nivel siempre más alto de la moralidad humana o del sentido del deber del hombre hacia sus semejantes.

Los socialistas aceptan esta teoría modificada y suplementada por la interpretación económica de la Historia. Reconocen que las nociones éticas están sujetas a cambios y desarrollo, pero sostienen que tal desarrollo es primordialmente determinado por condiciones económicas, esto es, que un orden económico de bajo nivel se resolverá en una pobre moral, mientras que, condiciones y relaciones económicas desarrolladas, son conducivas a una ética mejor.

El Dr. Ryan se vuelve moralmente indignado sobre la teoría de que "las reglas de la moral no son ni eternas ni inmutables," y sobre que "los preceptos morales son temporales y variables." De acuerdo con su opinión, esta teoría conduce al principio de que, "el asesinato, la mentira, el robo, el rapto, la traición y "la desobediencia" pueden ser moralmente buenos en alguna época y en alguna parte." Mi estimado opositor parece confundir la simple exposición de un hecho objetiva y desapasionada, con la declaración de un principio o convicción. Los evolucionistas en general y los Socialistas en particular no aprueban la horrible cadena de crímenes ennumerados por el Dr. Ryan. Pero no pueden cerrar los ojos al hecho notorio de que esos crímenes han sido considerados morales o indiferentes "en alguna época o en alguna parte" en el pasado, y que

son aún así considerados en algunas formas y bajo determinadas condiciones.

La propia opinión del Dr. Ryan sobre la naturaleza de la moral, se haya expresada en el siguiente lenguaje:

"Las leyes morales son inmutables porque se basan en definitiva en la inmutable naturaleza de Dios, e inmediatamente en los inmutables elementos de la naturaleza humana. En otros términos, son las reglas de conducta que necesariamente ha impuesto Dios para guía de los seres que El ha creado bajo la forma humana, del mismo modo que las leyes físicas son las reglas por las que El dirige el universo no-racional."

La declaración es enfática; pero desafortunadamente carece algún tanto de significación y puede apenas enfrentarse a condiciones y hechos conocidos.

Es el Dr. Ryan un demasiado profundo pensador para ignorar la discrepancia entre la teoría de "inmutables" preceptos morales y la historia de constantes cambios en las concepciones y prácticas morales de los hombres; y en un intento de reconciliar la contradicción, presenta una muy sutil teoría metafísica. El fracaso por parte de los hombres al no comprender la eterna e inmutable verdad moral, arguye, no prueba la no-existencia de tal verdad, "del mismo modo que la universal ignorancia de la teoría heliocéntrica no prueba que la tierra haya comenzado a grativar al rededor del sol en los días de Copérnico."

La comparación no es muy feliz. La ley inmutable de la rotación planetaria verificóse siempre en el curso uniforme de los cuerpos estelares. La tierra daba vueltas al rededor del sol en todo tiempo y bajo todas condiciones aún antes de que por primera vez la

percibiera Copérnico por las nociones morales y la *conducta moral* de los hombres han variado siempre a pesar de la pretendida inmutable ley moral, es decir, la regla de conducta humana.

El Dr. Ryan concluye: "Precisamente como las razas varían y crecen en su comprensión de las verdades especulativas y físicas, así progresan en su percepción de las verdades y principios morales." Es ésta de su parte una muy substancial concesión; porque si admitimos que la raza humana gradualmente mejora y cambia sus nociones del bien y del mal, y adapta a ello su conducta, importa poco si presumimos, para nuestro solaz o diversión, que al mismo tiempo existe siempre un abstracto, inactivo e inefectivo código de moral definitiva e inmutable escrito ilegiblemente en algún rincón "del corazón humano." Los cambios en las nociones morales y en la conducta moral que son así reconocidos por ambos, constituyen la esencia de la "moral variable."

Otra teoría que provoca la indignación de mi opositor, es la de que la moralidad concierne sólo a las relaciones sociales del hombre.

"Si la conducta puramente individual está fuera del radio de la ley moral," exclama, "se desprende con absoluto rigor lógico que la parte racional del hombre no es esencialmente superior a su naturaleza animal, que el alma no es intrínsecamente más noble que los sentidos, que el hombre no tiene más deberes para sí mismo que los que tiene un cerdo."

El Dr. Ryan desperdicia en esta proposición su excelente retórica. Sin pretender pasar sobre el respectivo rango o grado de nobleza de la "parte racional" del hombre y su "naturaleza animal" su "alma" y sus

"sentidos", y sin pretender defender el deplorable bajo estado de la moralidad del cerdo, diré sólo que los Socialistas no descuidan ni menosprecian el lado espiritual de la existencia del hombre.

El Socialismo aspira al más alto grado de desenvolvimiento de todas las capacidades humanas, físicas, mentales, espirituales, estéticas y morales. Pero la simple enumeración y diferenciación de estos atributos muestran que pertenecen a muy distintos y separados dominios. La salud física, las conquistas intelectuales y el sentido estético del ser humano, son sus atributos individuales; su conducta y nociones morales pertenecen a sus relaciones sociales. Nos esforzamos por alcanzar la perfección en todas las esferas de la existencia humana pero nada excepto confusión en el pensamiento y en la acción, puede alcanzarse por el intento de colocar todo dentro de una sola esfera de *moralidad*.

La segunda mitad del artículo del Dr. Ryan está dedicada principalmente a la crítica de la actitud socialista hacia la familia. Examinemos sus objeciones a tal respecto.

Uno de los más graves cargos en la requisitoria Socialista contra el orden existente, es el de que envenena la pureza y destruye la santidad de la familia entre todas las clases de la sociedad. El "hogar" del trabajador, en un inmenso número de casos, se haya miserablemente arruinado por la condición precaria de su base material. Cuando los salarios del hombre son insuficientes para el sostén de la familia, la esposa y madre se ve inevitablemente arrancada de sus funciones "femeninas" en el hogar para ir a sumergirse en la atmósfera densa y el agotante trabajo de la fábrica. El "hogar" degenera y se convierte en simple alojamiento

nocturno donde las parejas se juntan en cortos intervalos, casi siempre en detestables condiciones de agotamiento físico y en un sombrío e irritable estado de ánimo.

¿Y los hijos?

Cuando son muy pequeños crecen como pueden en el arroyo, y más tarde acompañan a sus padres a la fábrica—el templo todopoderoso y absorbente del Capitalismo—antes de que sean lo suficientemente fuertes para una continuada labor física. Es este un típico “hogar” del trabajador tal como existe en los distritos obreros de nuestros grandes y numerosos centros industriales. Es bien diferente de la pintura sentimental habitualmente dibujada por el complaciente filósofo moral.

Entre las “clases medias,” en que generalmente no trabaja la mujer, lo que la hace depender en absoluto del hombre para sus necesidades materiales, el matrimonio es su sola ocupación productiva. Por lo menos, el matrimonio es tan a menudo cuestión de negocio como de amor, y la pobre víctima femenina de nuestro irracional sistema social, se ve con frecuencia ligada para toda la vida a un hombre repulsivo que la disgusta, pero indispensable como proveedor de sus necesidades.

Entre las clases ricas, por otra parte, la mujer puede a menudo darse el lujo de comprar con el matrimonio un título extranjero adherido a un disipado y manirroto espécimen de la humanidad, mientras los hombres se dedican a sostener innumerables concubinas.

El matrimonio y la cohabitación marital vienen a ser, en consecuencia, asociaciones desgraciadas de miseria económica, arreglos mercantiles, compras, o ventas, todo, menos uniones por amor. De seguro, hay aún muy nu-

merosos casos de felicidad marital basados en mutuo y genuino afecto, pero tales verdaderas uniones persisten a pesar de las prevalecientes condiciones sociales económicas, no debido a ellas.

El Socialismo levantará grandemente el nivel económico de las masas y pondrá fin a hechos de que seres humanos adultos y normales dependan materialmente de otros. Removerá todas las sórdidas y mercenarias causas del matrimonio y naturalmente, fundará una sola base de unión marital; el amor mutuo. Es este un lógico corolario a la proposición de que la unión basada en el amor puede sólo perdurar mientras el amor perdure. Es por eso que la mayor parte de los Socialistas favorecen la disolubilidad del lazo conyugal a voluntad de las partes contratantes.

El Dr. Ryan puede llamar “pestilente” a esta Doctrina, pero yo sostengo que la cohabitación marital sin amor es positivamente inmoral y enteramente afin a la prostitución. Afirma que, “la teoría del determinismo económico requiere lógicamente una nueva forma de sociedad doméstica bajo el Socialismo.” Sería más correcto decir que el Socialismo introduciría un nuevo tipo de relaciones maritales: el tipo de la actual y perdurable monogamia. Precisamente porque bajo el Socialismo el matrimonio estará basado sobre el verdadero amor más bien que sobre consideraciones económicas. La diferencia estriba en que perdurará de por vida en radiante pureza en mucho mayor número de casos que en la actualidad.

Tampoco los temores del Dr. Ryan sobre que el estado socialista monopolizaría la educación de los niños, me parecen en absoluto bien fundados. Ciertamente que una administración Socialista proveería un amplio nú-